

EL PORVENIR ES LARGO

LOUIS ALTHUSSER

Ediciones Destino, Áncora y Delfín, Barcelona, 1992,
482 páginas.

Traducción: Marta Pessarrodona

Esta es la primera y, hasta ahora, la única autobiografía psicoanalizada y escrita por un filósofo que vivió la experiencia de un proceso analítico de corte lacaniano. Es una herramienta de estudio y merece ser tenida en cuenta por todos los que trabajamos en este campo, ya sea desde el lugar del analista o desde el lugar del analizando.

Louis Althusser deja la huella, poco evidente en su relato autobiográfico, de cómo la letra escribió su destino e hizo que su porvenir fuera largo. Este texto surge ante la necesidad de hablar. Fue declarado “loco” y acallada cualquier defensa, no hubo juicio penal. “[...L]a ausencia de “proceso”, debido al no lugar del que se había “beneficiado”. El 19 de marzo de 1985 escribió a uno de sus amigos más próximos [...] que no podía “reaparecer en la escena pública” sin haberse explicado previamente sobre lo que había pasado, escribiendo [...] una especie de autobiografía, en la que se incluirían [sus] explicaciones sobre el drama y el trato tanto policial como judicial y hospitalario y, naturalmente, su origen”¹.

Inicia su autobiografía, *El porvenir es largo*, con la descripción detallada, casi morbosa, del homicidio de Héléne, su esposa. Dice así:

“Tal y como he conservado el recuerdo intacto y preciso hasta sus mínimos detalles, grabado en mí a través de todas mis pruebas y para



siempre, entre dos noches, aquella de la que salía sin saber cuál era y aquella en la que entraría, ya diré cuándo y cómo: he aquí la escena del homicidio tal y como lo viví.

De pronto me veo levantado, en bata, al pie de la cama en mi apartamento de l'École Normale. Una luz gris de noviembre -era el domingo 16, hacia las nueve de la mañana- entra por la izquierda, por una ventana alta, encuadrada desde hace años por unas cortinas muy viejas, rojo Imperio, desgarradas por el tiempo y quemadas por el sol, e ilumina los pies de mi cama.

Frente a mí: Héléne, tumbada de espaldas, también en bata.

Sus caderas reposan sobre el borde de la cama, las piernas abandonadas sobre la moqueta del suelo.

Arrodillado muy cerca de ella, inclinado sobre su cuerpo, estoy dándole un masaje en el cuello. A menudo le doy masajes en silencio, en la nuca, la espalda y los riñones: aprendí la técnica de un camarada de cautiverio, el amigo Clerc, un futbolista profesional experto en todo.

Pero en esta ocasión el masaje es en la parte delantera de su cuello. Apoyo los dos pulgares en el hueco de la carne que bordea lo alto del esternón y voy llegando lentamente, un pulgar hacia la derecha, otro un poco sesgado hacia la izquierda, hasta la zona más dura encima de las orejas. *El masaje es en V²*. Siento una gran fatiga muscular en los antebrazos: es verdad, dar masajes siempre me produce dolor en el antebrazo.

1. Olivier Corpet, en la presentación de *El porvenir es largo*, donde cita unas palabras de Althusser en una carta dirigida a Dominique Lecourt, pág. 11.

2. Todas las cursivas en adelante son mías salvo donde se indique lo contrario.

La cara de Hélène está inmóvil y serena, sus ojos abiertos miran al techo.

Y, de repente, me sacude el terror: sus ojos están interminablemente fijos y, sobre todo, la punta de la lengua reposa, insólita y apacible, entre sus dientes y labios.

Ciertamente, ya había visto muertos, pero en mi vida había visto el rostro de una estrangulada. Y, no obstante, sé que es una estrangulada. Pero, ¿cómo? Me levanto y grito: ¡He estrangulado a Hélène!”³.

Este acto homicida sucede el 16 de noviembre de 1980, después de 30 años de convivencia común y cotidiana.

Al leer este texto me llamó la atención que el masaje tuviera una letra que lo nombrara: *la letra V*. Ese masaje fue el último gesto que Althusser le hiciera a su esposa. La última caricia que la entregó a la muerte. Después, vino el estrangulamiento.

Al continuar mi lectura me encontré con una sorpresa. Charles, quien sería el padre de Althusser, le anunció a la familia de su madre (Berger) que su hermano “*Louis se había muerto en el cielo de Verdún*. [...] Después Charles llevó aparte a mi madre en el gran jardín y acabó por proponerle (estas palabras me las ha repetido numerosas veces mi tía Juliette) «ocupar junto a ella el puesto de Louis»”⁴. Lucienne estaba comprometida con Louis. Pero la guerra escribió esa desgracia. Y Lucienne terminó casándose con su cuñado Charles. Como todo queda en familia, ambas familias estuvieron muy de acuerdo.

“Cuando vine al mundo me bautizaron con el nombre de Louis. Lo sé demasiado bien. Louis: un nombre que, durante mucho tiempo, me ha provocado literalmente horror. Me parecía demasiado corto, con una sola vocal y la última, la *i*, [...] Sin duda decía también demasiado en mi lugar: *oui*, y me sublevaba contra aquel “sí” que era el “sí” al deseo de mi madre, no al mío. Y en especial significaba: *lui*, ese pronombre de tercera persona, que, sonando como la llamada de un tercero anónimo, me despojaba de toda personalidad propia, y aludía, a aquel hombre tras de mí: *Lui, era Louis*, mi tío, a quien mi madre amaba, no a mí.

Aquel nombre había sido escogido por mi padre, en recuerdo de su hermano *Louis muerto en el cielo de Verdún*, pero en especial por mi

3. *Ibíd*, págs. 27-28.

4. *Ibíd*, pág. 54.

madre, en recuerdo de aquel Louis a quien ella había amado y no dejó, durante toda su vida, de amar”⁵.

En la página 70 vuelve a aparecer el mismo texto por tercera vez. “Mi madre [...] con una única y eterna nostalgia en el corazón: el recuerdo de Louis, aquel antiguo prometido muerto en el cielo” de Verdún.

En las páginas 75 a 77 encontramos estas pistas: “Mi madre me quería profundamente, pero sólo mucho más tarde, a la luz de mi análisis, comprendí cómo. [...] Cuando me *miraba*, sin duda no era a mí a quien veía, sino a mis espaldas, en el infinito de un cielo imaginario para siempre jamás marcado por la muerte, a *otro*⁶, aquel *otro*⁷ Louis del que yo llevaba el nombre; pero yo no era aquel *muerto en el cielo de Verdún* y en el puro cielo de un pasado siempre presente. [...] En cualquier caso, desde la primera infancia, me correspondió el nombre de un hombre que no cesó de vivir con amor en la cabeza de mi madre: *el nombre de un muerto*”⁸, en el cielo de Verdún.

Althusser racionaliza su incapacidad de amar: “¿Cómo poder, o siquiera pretender, asmar cuando te han invadido en lo más íntimo de ti, en tu deseo más profundo, en la vida de tu vida? Así me sentía y siempre me sentí delante de Hélène a través de la agresión íntima de mi madre: como un hombre (¿un hombre? es demasiado decir) incapaz del menor verdadero don de amor auténtico hacia ella, y por ella y por quienquiera, encerrado en mí mismo y lo que dominaba mi sensibilidad”⁹.

“Pero no es sorprendente que yo haya asumido el sentido terrible de esa insensibilidad, y de esa impotencia para amar de verdad y que la haya volcado sobre Hélène, otra desgraciada, mártir como ella y llaga abierta a mis *ojos*. Tal fue mi destino, el de los dos, haber realizado hasta tal punto los deseos de mi madre [...]”¹⁰.

“Mi analista [...] me dijo: la depresión es la omnipotencia. [...] Sin tener ya nada en el mundo exterior, se ejerce al fin la omnipotencia de un niño querido finalmente por buenas madres”¹¹. “Muy al fondo

5. *Ibíd*, pág. 57.

6. En cursiva en el original.

7. *Ibíd*, pág. 184.

8. *Ibíd*, pág. 186.

9. *Ibíd*, pág. 184.

10. *Ibíd*, pág. 186.

11. *Ibíd*, pág. 190.

seguramente estaba lo que he denominado la realización, bajo una forma particularmente pura y acabada, es decir abstracta y ascética, del “deseo de mi madre” [...] autor de un obra filosófica abstracta y en cierta manera impersonal, pero apasionada de sí”¹².

“Sí, yo no había tenido padre y había jugado indefinidamente al “padre del padre” para hacerme la ilusión de tenerlo [...] puesto que todos los padres posibles o encontrados no podían representar el papel. Y los rebajaba desdeñosamente al colocarlos debajo de mi subordinación manifiesta”¹³.

Con estos elementos aportados por el relato de Althusser, me permití elaborar una interpretación del acto homicida sobre su esposa. La letra fundadora de su castración fálica es nombrada por aquel *hombre muerto en el cielo de Verdún*. Esa letra se reescribe con el masaje en *V* y estos dos eventos fundamentales sostienen el paso al acto homicida.

Ya al final del relato, Althusser da cuenta de cómo la pulsión escópica y la visión marcan desde el real la letra *V* que lo persiguió. Su rasgo unario. En la página 285, entre otras, hace referencia a cómo su madre lo vio. “El ojo es también el órgano especulativo por excelencia. De niño [...] era bastante *voyeur* y fue algo que me duró mucho tiempo [...] La distancia en la que debía estar también respecto de aquel otro Louis que mi madre no dejaba de mirar a través de mí. Era por tanto *el niño del ojo*, sin contacto, sin cuerpo, porque es a través del cuerpo por donde pasa todo contacto”.

“Y que la muerte estaba inscrita desde el principio en mí: la muerte de aquel Louis, *muerto* detrás de mí, que la mirada de mi madre veía a través de mí, condenándome a aquella muerte que él había conocido *en el alto cielo de Verdún* y que no cesaba de repetir forzosamente en su alma y en la repulsión de este deseo que yo no había dejado de realizar [...] siempre había llevado luto por mí mismo, por mi propia muerte a través de madre y mujeres interpuestas. Como prueba tangible de no existir, había querido desesperadamente destruir todas las pruebas de mi existencia, no sólo a Héléne, la más alta prueba, sino también las pruebas secundarias, mi obra, mi analista y finalmente a mí mismo”¹⁴.

Finalmente, su pregunta fundamental sobre el amor termina así: “[...] creo haber aprendido qué es amar: ser capaz, no de tomar iniciativas de sobrepuja sobre uno mismo, y de “exageración”, sino de estar atento al otro, respetar su deseo y sus ritmos, no pedir nada pero aprender a recibir y recibir cada don como una sorpresa de la vida, y ser capaz, sin ninguna pretensión, tanto del mismo don como de la misma sorpresa para el otro, sin violentarlo en lo más mínimo. En suma, la simple libertad”¹⁵.

“[...]o existe nunca el fantasma “unívoco”, sino fantasmas siempre *ambivalentes*. El deseo de matar por ejemplo, o el de destruirse y de destruirlo todo alrededor de sí, siempre se dobla de un inmenso deseo de amar y de ser amado a pesar de todo, de un inmenso deseo de fusión con el otro y por tanto de la salvación del otro”¹⁶.

En la página 303 afirma, para terminar, que “[...] la fuerte dominación que el fantasma de no existir ejerció sobre todos mis fantasmas secundarios, sino también de explicarme sobre la relación de mis afectos con la realidad del mundo exterior [...]”.

Louis Althusser fue, para la generación de los 70, nuestro guía político; con él aprendimos marxismo leyendo *Para leer “El Capital” y Lenin y la filosofía*, aunque él afirme, de manera cínica, que leyó muy poco a Marx. Nació en Argelia en 1918. Fue filósofo y militante controvertido del Partido Comunista francés. Profesor emérito de La Escuela Normal Superior de París. Después de matar a su mujer, permanece 10 años silencioso, solitario y deprimido en un encierro psiquiátrico en el Hospital de Sainte Anne. L. Althusser muere en París en 1990.

Una pregunta me surge después de este encuentro descarnado con la verdad, con la verdad de quien para mí fuera un pensador admirado: ¿qué sucede en un estado de lúcida locura maniaca que permite hacer brotar del inconsciente el discurso de un maestro, el discurso del amo? La eterna relación entre la locura y la genialidad. Su discurso funda, con otros intelectuales, el pensamiento estructuralista, del cual ningún pensador de ese tiempo escapó, ni el

12. *Ibid.*, pág. 226.

13. *Ibid.*, pág. 227.

14. *Ibid.*, pág. 368.

15. *Ibid.*, pág. 370.

16. *Ibid.*, pág. 377.

mismo Lacan, cuando afirma que: “el inconsciente se estructura como un lenguaje”, o cuando nombra su seminario de 1956-1957: *La relación de objeto y las estructuras freudianas*.

ARTURO DE LA PAVA OSSA
Psicoanalista